

## SITA

Desde niño fui muy lector, quizá por mi excesiva timidez y retraimiento. La lectura era mi refugio, mis sueños, mis viajes y la posibilidad de tener amigos. En la noche, durante el sueño, ingresaba en el mágico mundo de los libros, y me mezclaba con los personajes que por cierto no me veían, ni captaban mi presencia. Vivía en empatía con ellos compartiendo sus aventuras, sentimientos y emociones. Fui creciendo y los libros embriagaban mi alma con sensaciones muchas veces erotizantes, relatos audaces que, a veces, me provocaban un cierto rechazo o pudor debido a mi conmovedora experiencia de la nada. Cada la noche, débilmente iluminado por la luz mortecina de la lámpara de velador para no ser descubierto por mis padres, retomaba la lectura de los pasajes que más me habían impresionado por atrevidos o conmovedores. Una vez dormido, soñaba e ingresaba en ellos como testigo presencial. Los libros me los proveía un querido amigo llamado Nelson, mayor que yo, aunque no tanto, yo tenía dieciséis años y él, dieciocho.

Así en mis ensoñaciones, compartí con Emma Bovary, maravillosa y encantadora mujer, en el pueblo de Yonville en Francia, y con su detestable y mediocre marido, Charles Bovary. Junto a ella, en esas tardes melancólicas, conocí al farmacéutico Homais y a otros amigos del pueblo. Gocé y viví sus amoríos con Rodolphe. La pena me embargó cuando éste deja plantada a mi querida Emma. Recuerdo que una noche dije a mis padres que no me sentía del todo bien y que iría temprano a la cama, me entendieron y aceptaron que no cenara con ellos. En penumbras abrí el libro de Madame Bovary y releí ansioso su relación con León y

cómo compartían su amor en una calesa. Al final, el suicidio de Emma me hizo enfermar de verdad, el médico al verme diagnosticó al igual que lo haría el boticario Homais una “patología ansiosa” debido a mi etapa de crecimiento. Nadie sospechó de mis lecturas.

La obsesión de mi amigo Nelson por los libros fue apoderándose también de mí. Como su situación económica era precaria ya que el único sostén del hogar era su madre costurera, yo le pasaba gran parte de mi mesada, que a juicio de Nelson era cuantiosa, para aumentar nuestro fondo literario.

Él era tan retraído como yo, su vida eran la lectura, la fotografía y la música.

Una tarde de domingo, calurosa y de hastío, Nelson llegó con un libro sacado de la biblioteca pública. Era un libro más grande que los habituales, de muchas páginas. Toma, léelo y me dirás cómo te va con esto, me dijo.

Apareció ante mis ojos mi el nombre del autor: Thomas Mann, y el nombre del libro: *La Montaña Mágica*. Conocí entonces a Hans Castorp, me incorporé a su vida y lo acompañé en su viaje desde en Hamburgo a Davos, en los los Alpes suizos, para visitar a su primo que estaba internado en el Sanatorio internacional de Berghof, buscando cura para su tuberculosis. Allí forjamos una amistad y compartimos la habitación N° 34 del Sanatorio.

Comprendí la incertidumbre, la precariedad y la fragilidad de la vida al ver a Castorp, mi amigo, sorprendido e impotente al enterarse, después de ser auscultado por uno de los médicos del sanatorio, que debía quedarse internado en Berghof junto a su primo por padecer él también de tuberculosis.

Nuevamente comencé a sentirme mal, realmente enfermo, mi madre constató que tenía mucha fiebre y escalofríos. Recuerdo que al llegar el médico de la familia, yo

veía fascinado, una escuadrilla de pequeños y hermosos avioncitos volando en círculo en el cielo de mi habitación, le pedí entonces a mi madre que cerrara la ventana para que esos avioncitos no escaparan. ¡Está delirando!, sentenció el doctor, ¡hay que bajarle la fiebre, de inmediato!

Las sábanas mojadas y heladas en las que me envolvieron me hicieron salir de mi ensoñación, luego me dieron algunos medicamentos y me envolvieron nuevamente en sábanas, pero esta vez tibias. Mi madre, preocupada, se quedó a mi lado esa noche ojeando *La Montaña Mágica*. Al otro día el libro ya no estaba en mi velador y nunca lo pude recuperar. Mi madre negó siempre haber sido la autora de esa desaparición.

Una tarde durante mi convalecencia, la hermana de Nelson vino a verme, se veía ansiosa y angustiada; la hice pasar y se desplomó sobre un sofá, comenzó a llorar tomándose la cabeza y jalando sus cabellos. ¡Se mató, se mató! ¡Se suicidó...se suicidó!, me gritó abriendo aún más sus grandes ojos. Traté de decir algunas palabras pero solo logré emitir un grito gutural. Sufrí tempranamente el dolor por la muerte de un ser querido. Fuy algo inesperado y sin sentido. Ella me miró fija y agresivamente. No había advertido que tenía un pequeño libro entre sus manos ¡Sus malditos libros, sí, sus malditos libros fueron los culpables! ¡Tú debes saber algo de lo que sucedió!, agregó entre llantos. Luego en un gesto furioso me arrojó el libro a la cara diciéndome: ese libro estaba junto a él cuando lo encontramos. Seguramente era para ti, tiene una dedicatoria: "Yo soy Nanda y tu Chridaman en busca de Sita".

Se levantó y se fue. Recogí el libro... era *Las Cabezas Trocadas* de Thomas Mann.

***No fueron los libros, querido amigo Nelson. Fuiste tú quien tomó la decisión. Tu carácter y tus depresiones, las ganas de vivir una vida distinta a la tuya, tu incapacidad de relacionarte con la gente, de querer y odiar. Es lo que creo, querido amigo.***

Me sumergí en el libro, era una novela corta que transcurre en la antigua India. Dos amigos se disputan el amor de Sita, Nanda, aristócrata e intelectual pero poco afortunado físicamente y Chridaman, simple, fuerte y bien parecido, Sita estaba enamorada de los dos.

Tiempo después, tuve un nuevo amigo, Jean, no estoy seguro si era o no imaginario. A pesar de que no era especialmente lector, lo convencí de que leyera esta novela y compartiera mis sueños y lo hizo. Su vida era dura, sin trabajo estable la mayoría del tiempo, se sentía rechazado, incluso despreciado, la vida no era justa con él. Salvo yo, no tenía amigos, era tan solitario como Nelson. Yo insistía en que su mala suerte era consecuencia de su personalidad retraída, y poco sociable, igual que Nelson. Fue, por mi parte, un juicio ligero propio de alguien acostumbrado a un medio libre de penas y angustias materiales, incapaz de entender su oscura vida.

Asombrado por las divinidades aparecidas en el libro, su poder y su magia, ingresé en un sueño de profundidades espesas donde mi amigo Jean y yo buscábamos a Sita, nuestra hermosa amante platónica compartida.

Descubrí, en el sueño, la atracción de Sita por mí, por mi capacidades intelectuales e ilustración, producto de una educación privilegiada, y también por Jean, que era fuerte y físicamente armonioso, aunque de pensamiento ligero, poco profundo

En mis sueños, Jean y yo discutimos sobre lo que deberíamos hacer para resolver esta paradoja, aparentemente simple, pero en realidad muy compleja y dramática. Decidimos entonces dejarnos llevar por los acontecimientos que el escritor Mann había escrito. Uno tiene pocas posibilidades de decidir cosas importantes en la vida. Las divinidades así como los escritores, deciden en gran parte por ti. En un sueño, el horror y el dolor no prevalecen. Si el sueño se transforma en pesadilla, uno despierta y todo se acaba. Eso podía hacerlo yo a voluntad. Lo había hecho cientos de veces. Inmerso en un sueño, agitando mi mano en las cubres de mi cama gritaba: ¡Basta!, ¡tengo que despertar!. Esto es solamente un mal sueño”

Como sucede en la novela, en el sueño, Jean y yo nos autodegollamos. Morimos con nuestras cabezas a nuestro lado. Todo había terminado. Yo, como actor y espectador, sin miedo, sin angustia.

Sita, dulce y armoniosa, se acerca a nuestros cuerpos y con la ayuda de una divinidad omnipotente ubica una cabeza en cada cuerpo, y vino la sanación, la esperada sanación del alma y del espíritu. No fue por equivocación sino por la decisión del soñador: la cabeza mía terminó en el cuerpo de Jean y la de Jean en el mío. Así Sita tendría lo que quería.

Yo, por primera vez en un cuerpo hermoso, sin embargo, en el sueño la vida no me sonreía, la gente me rehuía y me rechazaba, mis amigos me olvidaban, .

Decidí dar un manotazo y acabar con todo el sueño. Esta vez no resultó, muchos gritos y manotazos, pero nada. La desesperación me agobiaba y las divinidades Indias no me escuchaban. Jean en mi cuerpo era feliz.

Había un charco de aguas límpidas y cristalinas donde lavé mi cara llena de sucias lágrimas y me vi en plenitud con mi nuevo cuerpo. Ahora lo entendía todo, comprendí la impotencia y tristeza de Jean. su imposibilidad de ser feliz en este mundo, debido al rechazo constante de la sociedad, había pasado por alto un detalle, Jean era negro.